Núm. 8

LA NOVELA DE BOLSILLO

C. DE BURGOS

"Colombine"

Sorpresas

30 cts.

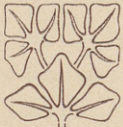
311443

SORPRESAS

ES PROPIEDAD

LA NOVELA
DE
BOLSILLO

Sorpresas



POR

Cármen de Burgos

"Colombine"

Dibujos de MANCHÓN

I

La Historia Intima.

La emoción que rendía á Olga, le hizo reclinarse en el diván. Después de aquel largo viaje al Brasil, para recoger la herencia de su esposo, la vuelta á Europa era la realización de todos los ensueños, tan intensa y tan amargamente acariciados en la lejanía.

Ella demoró después de su viudez todo lo posible aquel viaje. No quería separarse de Andrés cuando su amor podía desenvolverse libremente. Eran las suyas de esas relaciones

que se imponen con valentía por su audacia, su sinceridad y la fuerza social de los que las sostienen.

El marido de Olga, investido de un alto cargo militar, no tenía tiempo para atender á su esposa en esas mil nimiedades, que él llamaba pueriles, de las mujeres. Se creía hacer bastante con no faltar á su casa metódicamente á las horas de comer y de dormir, y de vestirse el uniforme para hacer su aparición en los palcos y en los salones cuando las conveniencias sociales lo exigían. Nunca hubiese pensado que pudiera su esposa estar descontenta, ni que le faltase nada. Es verdad que él no se ocupaba de satisfacer ninguno de sus caprichos, ni de adivinar ninguno de sus gustos, pero no la contrariaba jamás en ellos. Pagaba, sin murmurar, las cuentas de su mujer, aunque no sentía necesidad de

admirar sus galas, ni se le ocurría un cumplimiento sobre sus trajes. A lo sumo, cuando un contraste de línea, de peinado, en una de esas variaciones rápidas, bruscas y detonantes de la moda, cambiaba la silueta que le era habitual, se limitaba á decirle:

—No sé qué de raro te encuentro hoy. ¡Los años no pasan en balde!

Poco á poco Olga que amaba con apasionamiento á su marido, se vió moralmente separada de él, aislada, envuelta en una atmósfera de de frialdad aterradora. Había tenido que ir encerrando dentro de sí todas las ternuras confidenciales, todas las confianzas que demandaban un consejero. Se había cansado de ataviarse en vano sin hacer notar su toilette ni su perfume. Se hastiaba en aquella soledad de su casa donde no se apreciaron todos los esfuerzos de casadita amorosa y romántica para hacerla agradable; y abandonó todos aquellos cuidados, nimios y encantadores, que la llevaban á embellecer una estancia, adquirir un nuevo objeto de arte, colocar una flor en el

búcaro de su marido ó condimentar por sí misma un plato, para halagar el paladar goloso y proporcionar un placer nuevo. Eran todo cosas que pasaban inadvertidas ó que merecían un reproche.

—Qué tontería poner estas rosas en la mesa; me van á llenar de agua los papeles.

—Vas á llenar la casa de cachivaches inútiles.

—Pesh, no está mal este guiso; pero es mejor que dejes esos cuidados á la cocinera.

Olga hubo de volver los ojos en torno suyo, con un ansia femenil de verse admirada y comprendida. No le bastaba el cariño que le profesaba su esposo ni el que ella misma sentía. Necesitaba la adoración, el homenaje á su belleza. Aquel sentimiento la llevó á perderse, á pesar de su carácter grave y dulce, en una

frívola ligereza entre sus amigos. Se vió bien pronto rodeada de galanteadores que la asediaban. Era aquél un juego que satisfacía su vanidad. Algo de inocente venganza del marido que parecía satisfecho de sus triunfos

de salón, como si secretamente tuviese la creencia de la inferioridad de su mujer. En las grandes fiestas la seguía receloso con la mirada, como si temiera que le pusiese en ridículo y más de una vez llegó á decirle:

—Ese adorno no te sienta á ti bien. Eso es para las mujeres muy elegantes.

Y poco á poco el ambiente frívolo y munda-

no en que vivía la fué ganando, se despreocupaba cada vez más de su marido y se entretenía en el *flirt*, que no juzgaba peligroso. En verdad no lo era. Veía, con serenidad de juicio demasiado claro, aquellos galanes oficiosos para saber reirse de sus tretas, sus rebuscamientos y sus ardides.

Pero no supo huír del peligro de la amistad de Andrés. Era el único que no la galanteaba, el único que la comprendía. Reían juntos de las grotescas escenas de los amadores. Tenían una mirada furtiva, queja en ella y aliento y compasión en él, ante las torpezas del marido. Andrés le prodigaba sus cuidados, sus ternuras, sus atenciones, con una asiduidad que sólo escapaba á la observación de dos personas: ella y su marido. Se satisfacía Olga de ver que ni un gesto, ni un movimiento suyo quedaban inadvertidos. La admiración de Andrés sabía notar el cambio de perfume, el pliegue variado en el traje ó el nuevo rizo del peinado.

Su amistad se desenvolvía con mayor amplitud por el cariño de Josefina, la esposa del ge-

neral Ginardt, una mujercita de treinta años, con aspecto de chicuela, que á fuerza de disimular el aturdimiento juvenil y la risa ingenua, había acabado por crearse un carácter aturdido y simple en apariencia.

Andrés era el amigo íntimo del general, el asiduo visitante de su casa. Olga y Josefina se hicieron inseparables. Fué esta última la única confidente y protectora de aquel amor y de sus luchas, y fué ella la que incitó á su amiga á seguir los impulsos de su corazón. Le divertían aquellos amores con un sentimiento de curiosidad malsana, le servían como de experimentación de un afecto que su aturdimiento parecía impedirle.

—Yo no me atrevería á lo que tú haces, le decía en sus confidencias á Olga. Mi marido me dobla la edad, es

cierto; pero estoy segura de que me mataría en el acto si yo intentase engañarlo.

—¡Oh!, es que á un marido como el tuyo hay que quererle á la fuerza. ¡Es tan bueno, tan paternal!—contestaba Olga con un suspiro apesadumbrado.

Y ella que, á pesar de su amor por Andrés no había dejado de amar á su esposo, añadía:

—Yo temo más al dolor de mi marido que al daño que su venganza pudiera hacerme.

Pero el buen coronel murió sin saber nada. Sin enterarse de la pasión ni del desamor de su mujer, con aquella ceguera que respecto á ella le cubría los ojos.

Desde su viudez Olga se había entregado por entero á aquel cariño que no era un secreto para nadie.

Andrés y ella salvaban las apariencias entrando en los salones con un cuarto de hora de diferencia y coincidiendo en distintas localidades del mismo teatro. Había la seguridad de ver siempre aparecer al uno después de haber visto á la otra, pero jamás juntos; sin esa impudicia que subleva á las gentes. Era por eso, por su prudencia, por lo que todos admitían aquel sistema convencional y la buena sociedad toleraba de grado aquellas relaciones, como una *liasson* sancionada por el tiempo. Olga había visto desaparecer de su lado toda la corte de adoradores que la rodeaba durante su matrimonio. Los tenorios sabían que es más difícil la lucha contra el amante de elección que contra el marido. Olga se sentía más respetada, más considerada, envuelta en la aureola de la pasión de Andrés.

Sus amores no decaían. Todas las mañanas la despertaba la voz de Andrés. Había hecho colocar á la cabecera de su lecho el teléfono y él la llamaba desde el suyo.

—Buenos días, nena; ¿has descansado?

El aparato parecía transmitirle un beso con aquella pregunta.

Y hablaban, hablaban largamente, como si estubiesen el uno al lado del otro. Los hilos les transmitían con fidelidad sus temblores apasionados de voz, sus risas, sus estremecimientos.

Después, Olga se peinaba y se vestía cuidadosamente. Era ella la que iba á almorzar con Andrés, en su casa, en aquel comedorcito risueño, decorado con el brillo limpio, alegre, amoroso de las porcelanas de Talavera y de Limoges, y los lienzos humorísticos, pintados por el

mismo Andrés: un raja de sandia que llegaba al cielo: una banda de pingüinos tiesos como argentinos de frac, que picaban un racimo de uvas; un pelele que espantaba los pájaros de un montón de doradas naranjas.

Después se separaban para verse con el nuevo encanto de su fingida libertad en el té, el paseo, la conferencia ó el teatro. Tenía una gran dulzura y una gran coqueteria aquel *usted, señora* que salía de sus labios rendidos de besar. Andrés no iba á casa de Olga sin un pretexto que no escandalizase á la servidumbre del difunto coronel. Alguna noche, la doncella confidente, les proporcionaba la entrevista sin que se enterasen los demás criados. Eran noches de amor en que Andrés dejaba algo de su alma en aquella alcoba, la hacía suya como una cosa necesaria para implantar allí el derecho de dominio de su espíritu y desalojar al muerto. Una impresión que renovaban de cuando en cuando.

—La necesito para tenerte más conmigo, decía ella.

Algunas veces asistía Josefina á sus almuer-

zos íntimos, siempre á ruegos de Olga, que vencía el deseo de soledad de Andrés para invitarla. Pero aquellas reuniones se habían hecho insoportables. Josefina sentía demasiado la sugestión de la anormalidad. Se ponía más nerviosa, más aturdida, más locuaz que de ordinario. Iba de un lado para otro, lo miraba todo, lo tocaba todo, curioseaba y hacía preguntas incesantes. Tomaba todo el aire de la *demimondaine* que va á un almuerzo de confianza. Cantaba al piano, reía, bebía *champagne*, haciendo brindar con ella á Andrés. Encendía cigarrillos egipcios. Olga parecía sosa, retraída ridícula al lado suyo.

Sin embargo, se sentía feliz, contenta, tranquila. La miraba con una suave bondad materna, como á una chicuela alocada. Venía Josefi-

na á poner una nota alegre y simpática en torno de ellos; era esa amiga confidente que parece evitar la monotonía de la soledad, á legitimar su amor con su presencia, librándoles del eterno disimulo, obligado delante de los indiferentes.

Fué Josefina la que deseó poner término á las tristezas de Olga, proponiendo á Andrés su casamiento.

En el primer momento el joven se quedó sorprendido.

—¿Pero es posible que te atraiga de nuevo el matrimonio? —preguntó á su amada.—¡Estaba tan bien organizada nuestra vida así!

Y como Olga, temerosa de desagradarle, afirmaba que eran cosas de Josefina, esta defendió su tesis con una elocuencia femenil que nadie hubiera supues-

to en ella. Bien que se hubiesen amado en la sombra cuando los separaba un obstáculo invencible. ¡Pero ahora! El matrimonio es el homenaje de consideración que puede ofrecerse á la mujer, para que nunca pudiese sufrir un desaire, ni una repulsa de los hipócritas. De ninguna manera estan mejor que casados, los que se aman seriamente.

Se oponía Olga á lo mismo que deseaba. Tenía en su amante una confianza plena.

— Me halaga más — decía — saber que le retiene á mi lado el amor que la obligación.

Al fin, habían convenido en efectuar el matrimonio tan pronto como ambos tuviesen arreglados sus asuntos. Ese tiempo debía aprovecharlo Olga para ir al Brasil, donde radicaba toda su fortuna.

Recordaba aún con terror los días que precedieron á la partida. Aquellos días de pasión intensa, de lágrimas, de desesperación, ante la idea de no verse y el temor de los peligros desconocidos que iban á separarles.

La despedida había labrado en su alma una

huella honda de dolor. Había querido ir andando de su casa á la estación para gastar más tiempo, sin darse cuenta de lo fatal del horario de las estaciones.

Se había alejado con los labios sedientos de besos, de unos besos que hubieran querido

verterse todos en un último beso, que siempre hubiera pedido *otro último* después.

Llevó todo el viaje aquella amargura que la hizo uraña en el barco, retraída en el Brasil y que precipitó su vuelta. No le había faltado el arrullo de su amor en todo el tiempo. El día de

su despedida él le dió un paquete de cartas cerradas. Debía abrir una cada día durante todo su viaje, y Olga, que hubiera querido leerlas y releerlas todas á un tiempo, tuvo fuerzas para respetar la voluntad del amado.

Eligió para abrir las cartas aquella hora matinal en que la llamaba el teléfono. Allí, en la soledad de su camarote, vestida con su pijama de seda, leía la plegaria del amor lejano, que parecía prevenirla y alentarla en su soledad.

Cada día la lectura duraba más tiempo, por-

que á la lectura de la nueva carta se unía la de las anteriores. A solas,con aquel recuerdo, con aquella voz amiga, la pasión de Olga se hacía más vehemente, más absorbente, más tiránica.

Recordaba su vida momento á momento, y su vida empezaba con el amor de Andrés, pero no podía evocarlo sin evocar cerca de ellos á Josefina, la amiga confidente y protectora que tan gran parte había ganado en su existencia.

II

El tiempo distinto y vario.

Y ahora, á la vuelta, creía encontrar á Andrés y á Josefina en el andén, saludándola con los pañuelos con que le habían dicho *adiós*. Como si el tiempo no hubiese transcurrido.

Tuvo una desagradable impresión al no encontrar á nadie esperándola, aunque ya se lo había anunciado Andrés:

«No quiero que nadie sepa tu llegada. No quiero saberla yo mismo. Llegaré hasta tu alcoba cuando hayas descansado para darte este

beso que ha llagado mis labios de deseo; tu ausencia será para nosotros sólo una pesadilla.»

Y más abajo le preguntaba:

«¿Qué me traerás de nuevo de ese viaje? ¿Qué nueva blancura habrá en tu carne, y qué nueva pasión en tus ojos?»

Y aquel párrafo era un complemento de los anteriores, que la hizo decidirse por prolongar unas horas la felicidad de verlo, con tal de gozar en el primer instante de toda su confianza y de poder mostrarle, en la superioridad de su desnudez, todas las nuevas gracias con que para él se había revestido.

Después de las primeras horas de pasión, absorbentes, embriagadoras, llenas de locura y de delirio, empezó el recuento de sus aventuras de viaje y de los cambios ocurridos en la población.

—¡Somos unos egoístas!, no me has dicho nada de Josefina.

Le pareció que vacilaba Andrés.

—Pero hija, si no la he visto. Apenas salgo...

Y nuevos besos borraron el recuerdo de la ausente.

La luz del alba les obligaba á separarse. Protestó él, temeroso del frío de la calle:

—Déjame más tiempo contigo. Si pronto hemos de ser esposos...

—Eso hace más preciso mi recato—opuso ella.—Vete, mi alma. Y llámame por teléfono temprano. *Como ayer...*

—¡Oh! Querida—interrumpió él vivamente—por muchas ilusiones que nos hagamos, es lo cierto que el tiempo continúa su obra. Cada vez se adquieren nuevos compromisos. Ahora tengo las mañanas y las tardes ocupadas en un asunto que ya te explicaré. Eso no quita para que te vengas á almorzar conmigo. Es el sólo momento de que dispongo.

La besó, y, aprovechando el sueño y el cansancio que la rendían, para evitar su protesta, salió quedamente de la estancia.

III

Efusión de Sonrisas.

JOSEFINA! ¡Josefina! Soy yo—exclamó con alegría precipitándose en la alcoba de su amiga, sin dar tiempo á que le avisaran.

Quería gozar en su sorpresa de verla cerca de ella, después de aquel viaje tan abrumador que las había separado.

Tenía prisa de contarle qué feliz la había hecho el inmenso cariño de Andrés, que borraba todas aquellas tristezas de la separación, y quería recriminarla por no haberle hablado nada de él en sus cartas.

Por eso, aquella mañana, lo primero que hizo, fué correr á buscar á Josefina. Le traía unos preciosos solitarios de brillantes negros, como el alfiler de corbata que destinaba á su futuro esposo. Para eso habían de ser los Ginardt sus padrinos.

Josefina estaba aún en la cama.

—¡Entra, entra!

Se abrazaron estrechamente.

—Qué bella estás—exclamó Josefina observándola con un interés que no notó Olga.

—Estoy más morena, más delgada...

—¿Por qué te has molestado?—siguió Josefina.—Yo iba á ir á verte esta tarde.

—¿Sabías mi llegada?

—Me lo dijo Andrés.

Olga pensó que éste no habría entendido bien sus preguntas de la noche anterior.

—¿Le has visto ya?—preguntó Josefina.

Le temblaba la voz.

—Sí, anoche...—repuso Olga.

—¿Qué tal?

—Tan bueno y tan amante como siempre.

Hubo un silencio.

—¿Qué poco me has escrito? — recriminó Olga con dulzura.

—Ya sabes lo que yo soy para eso...

—Nada me decías de Andrés y yo deseaba que me dieras noticias suyas. Sentía la necesidad de que me hablasen de él.

—Le he visto poco... á veces... en sociedad... no estando tú... ya sabes lo que son los hombres.

—Perdóname que no te he preguntado aún por tu esposo.

—Está bien. Me pregunta siempre por tí.

—Te traigo un pequeño recuerdo.

Josefina palmoteó como una niña á quien se le ofrece un juguete.

—Deliciosos, espléndidos.

Los sacó del estuche, los revolvió entre sus dedos, haciendo quebrarse la luz en sus tallas.

—Me alegro que te gusten.

—Eres muy buena.

Se incorporó buscando el espejo. Olga que seguía satisfecha sus movimientos, reparó en un teléfono colocado al alcance de su mano.

—¿Has puesto el teléfono como yo? — le dijo.

—Sí... soy tan perezosa... y haciendo uso de su maestría en la volubilidad—añadió — Hay muchas novedades desde que te marchaste: Se ha casado la marquesita de Balsalobre con un rico ingeniero catalán... han sido padrinos los infantes... Un *trousseau* regio... una maravilla de regalos... el duque de Bermar, su antiguo amante, le ha regalado un ramo de flores de azahar esmaltadas en oro y con los estambres de brillantes... Una cursilería que le costó diez mil duros... Es una espléndida devolución de la flor de azahar.

Y como Olga reía de su charla, preguntando noticias, con esa irradiación de vida de los felices, que sienten impulsos de amarlo todo, Josefina siguió haciendo su resumen mundano.

—Ya, ya te contaré... Se han divorciado los de Santalora... Adelina Mateos está pedida... A la señora de Fonseca se le ha muerto su hija Luisa, aquella rubia tan guapa... ¿Te acuerdas?

. . . . . .

IV

La hora Confusa, vehemente y abatida.

Apesar de todas las emociones del día, Olga no había podido dormir en toda la noche. Fué el sopor que abrazaba sus miembros en los momentos de cansancio interrumpido por bruscas sacudidas nerviosas; la perseguía una sensación de disgusto que no podía expresarse con claridad. Su clarividencia de enamorada notaba un cambio en la pasión de Andrés; una extraña frialdad después de pasar los primeros transportes. En realidad no

era bastante que tuviese ocupaciones que la absorbiesen parte del tiempo que antes le dedicaba para suscitar aquellas violentas sospechas. Era una cosa intuitiva que le mordía en el corazón. Un conjunto de pequeños detalles vagos, de sombras apenas visibles, de imágenes siluetadas á lo lejos, que la intranquilizaban.

La luz de la mañana la trajo el optimismo de su paz. Sin duda eran todo quimeras suyas; recelos de mujer enamorada, un poco de nerviosismo, de neurosis, engendrada en el desequilibrio y los sufrimientos del viaje. Era preciso desechar todo aquello que la hurtaba el alma á la expansión para abrir los brazos y envolverse en sus mejores sentimientos de amor y de amistad.

Andrés la había dicho que una ocupación urgente le obligaba á salir por las mañanas, pero era bastante temprano para que estuviese

aun en el lecho. Le despertaría hoy ella, haciéndole gozar las sonoridades de su voz, como él la había despertado tantas veces. Escuchar su acento lleno, sincero, grave, la tranquilizaría.

Se incorporó sobre su brazo izquierdo, arregló los cabellos negros que caían en desorden, formando marco al rostro moreno, sonrosado y fresco, en el que habían marcado huellas de fatiga, las emociones de la noche, y oprimió el timbre.

—¡Central!

Tardaron medio minuto en responder.

—¡Oh!—murmuró—estos aparatos son capaces de agotarle á un santo la paciencia.

—Rit... riiit.

—Hola.

—¿Qué desea?

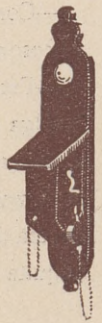
—Comunicación con el 2.013.

Pasaron unos segundos.

—Rit.

—¡Hola! ¿Es el 2.013?

—La central.



—He pedido comunicación con el 2.013.

—Está ocupado.

Aquellas sencillas palabras resonaron como martillazos en sus oidos. Se quedó desconcertada un instante. Se pasó las heladas manos por las sienes, que latían con violencia como para desechar una idea absurda.

—Qué niña soy –murmuró, para tranquilizarse.—Estará ocupado en algún asunto sencillo.

Pero la idea intrusa se aferraba á su cerebro. Se incorporó cediendo á un súbito impulso, cogió el libro de direcciones, lo hojeó nerviosa, y volvió á llamar de nuevo.

—¡Central!

—¿Qué desea?

—Comunicación con el doce cuarenta y dos.

Resonó el timbre.

—Está comunicando, señora.

Olga se quedó atónita, muda. Sus sospechas tomaban cuerpo. No podía apartar de su mente el recuerdo de aquel teléfono colocado á la cabecera de la cama de Josefina. Aquella linda muñequita aturdida, dormilona, que se levantaba á

las dos de la tarde, no podía ocuparse de asuntos á aquella hora. Estaba, seguramente, hablando con Andrés. Acudían en tropel detalles de vacilaciones en ambos, de contradiciones, de cosas en las que no había parado la atención, y que no podían dar lugar á dudas. ¿Cómo había estado tan ciega? Clavaba los ojos en el aparato que tenía en la mano, queriendo ver la escena que adivinaba. Sentía la desesperación de la impotencia para escuchar aquella conversación que presentía. Pensó en un cruce piadoso de hilos que la permitiesen oir y se aplicó con fuerza el auricular sobre la sonrosada orejita, no sin echar antes bien hacia atrás los cabellos, como si estos pudiesen impedirle oir. Toda su alma pendía de los rumores que llegaban á ella. Apretaba con fuerza el aparato inerte, muerto, sin un sonido, sin una vibración. Aquella calma escitaba más la tempestad de su cerebro. Por momentos escuchaba el runruneo de conversaciones lejanas. Una frase perdida, un acento que no podía distinguir, un susurro semejante al del viento en el cordaje. Un ruido

sordo, inarticulado, mitad apóstrofe y mitad maldición, se escapó de su garganta.

Hubiese querido que llegase hasta ellos su grito. Poseer el secreto de enviarles un latigazo eléctrico, una sacudida mortal; anonadarlos en su traición.

Volvió á llamar de nuevo con violencia, como si golpease una puerta cerrada.

—Comunicación con el 2.013.

Esta vez no tardaron en responderle.

—Está ocupado, señora.

—Oiga, señorita, póngame con el doce cuarenta y dos.

—Está comunicando también.

—¿Quiere hacerme el favor de avisar cuando terminen?

—Con mucho gusto, pero es fácil que tarden.

—Aguardaré.

—Está bien.

—Gracias.

Transcurrió media hora de angustia mortal durante la cual, Olga se revolvió desesperada

en el lecho, arrugó y comprimió las ropas, se levantó para llegar al espejo y para descorrer las cortinas.

Muchas veces acercó ansiosa á su oido el aparato, y mil veces lo alejó de sí con desprecio, rabia y despecho. ¿Se habrían olvidado en la central de su encargo?

Volvió á llamar.

Esta vez le respondieron antes que hablase.

—No han terminado aún.

El plural era una prueba definitiva, concluyente. Por un momento pensó en vestirse, correr, tomar un coche, llegar y confundirlos con su presencia. En su imaginación los creía juntos, hablando sin la separación que establecía el teléfono. Pero la realidad se impuso y aguardó trémula, palpitante, sin voz, sin fuerza, casi sin ideas, oprimiendo el aparato contra su oído.

Al fin le avisaron.

—Tengan la bondad de poner comunicación con el doce cuarenta y dos.

No contestaban.

Impaciente oprimía el botón y se colgaba del auricular para que hiciese más peso.

Al fin resonó nervioso el timbre.

—Rit, rit, riit, riiit.

—Josefina.

—¿Quién?

—¿No me conoces?

—¡Ah!... Olga.

—Sí, yo..., que he tenido una hora de paciencia ante vuestra villanía.

—No sé qué dices...

—¿Olvidas que es peligroso hablar por teléfono, que puede haber cruces, que se puede comprobar cuánto tiempo ha comunicado el 2.013 con el doce cuarenta y dos?

Hablaba con voz entrecortada, sibilante, se

le secaban las palabras en la garganta sin fuerza para llegar á los labios.

—¡Esa dichosa Central!—escuchó por toda respuesta.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre?

La indignó aquella frivolidad, aquel desdén, que envolvía el conocimiento de su fuerza, de la confianza completa y absoluta del amor que le robaba.

No respondía nadie. Oprimió el botón con rabia:

—¡Josefina!

—¿Qué deseas?... ¿A qué hablar?...

—Tienes razón. Es con tu marido con el único que debo entenderme.

Se separó del aparato satisfecha de adivinar la cara de terror de Josefina en la desesperación entrecortada del rín rín del timbre.

La dejó llamar en vano.

V

El anonadamiento.

Ya tenía toda la certeza de la traición de su amiga; ahora sólo le quedaba confundir á aquel hombre que la había engañado, arrojarle al rostro todo su desprecio, todo su enojo, todo lo indigno de su proceder... en seguida vengarse...

Se tiró de nuevo del lecho para llamar á su doncella y vestirse. Se detuvo delante del espejo. Se miró como si no se conociese, como si fuese una extraña para sí misma. ¿Acaso no era más bella que Josefina? ¿Se habrían borrado de su cuerpo las huellas de tantas caricias

impresas por Andrés? Recordaba el desdén con que trató á veces la frágil belleza rubia de su amiga, cuando la abrazaba llamándola su *mujeraza.*

Vestirse, arreglarse, presentarse bella de nuevo en presencia de aquel hombre, le parecía una monstruosidad. ¿Qué iba á hacer, qué iba á decirle? La aterraba ahora la idea de volver aquel comedorcito tan risueño, mancillado sin duda con sus nuevos amores. Aunque él volviera á su lado, aunque la pidiese perdón, aunque la amara con toda su intensidad, ella no podía volver ya á sentir su cariño ni á confiar en él.

Se desvanecía el sueño de ser su esposa puesto que ya no era su amada. Comprendía como Andrés

y Josefina habían tramado su boda para alejar las sospechas del marido, y como se habían proporcionado aquellos meses de tranquila posesión de sus amores con aquel viaje. Era todo mentira, todo farsa, no podía salvar ni la santidad del recuerdo.

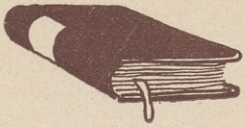
Lo que más la indignaba era la noche última, aquella noche del regreso en que allí, en aquella misma alcoba había profanado su carne mezclándola á la carne de aquella mujer aborrecible.

Sin aquella confusión, sin aquella promiscuidad, Olga podía tal vez haber perdonado.

Ahora era imposible todo. No se encontraba con fuerzas para verlo. Sería pálido, inútil, todo lo que podía decirle. No quería luchar, ni conquistarlo de nuevo. Una carta lacónica en que le prohibiese volver á verla, bastaría. Sin duda en aquel momento ya lo habría advertido de todo Josefina.

Era inútil intentar nada.

—Está todo terminado—se dijo con desaliento.



Tendió la vista en torno y le espantó su soledad. En aquella habitación acababa de morir algo; miraba con terror el auricular del teléfono, mudo, colgado de su orquilla metálica, como un cuerpo muerto, inerte, sin voz. Veía su lecho de viuda, en el que parecía marcada la huella del cuerpo que no reposaría más en él. Las cortinas, los bibelots, las flores de sus búcaros ¿de qué servía todo aquello en la habitación mortuoria?

Allí cerca, sobre la mesilla estaba el libro favorito que no se habría de terminar. En el cajón, guardada con llave, se escondían su fosforera y sus cigarrillos... La mesita del té, dispuesta para sus cenas íntimas, sin llamar á los criados. Cada una de aquellas cosas adquiría un valor desesperante; se convertía en instrumento de tortura. Todo aquello había muerto. Recordaba el fallecimiento de su marido. Ella le sintió, le lloró... le pidió perdón de su engaño con sus oraciones... no había tenido re-

mordimientos porque había cumplido su deber de respetarlo y hacerle feliz. Pero en la muerte de su marido no había muerto nada más que él. Se lo llevaron y siguió viviendo la vida en

torno de ella. Ahora era la vida la que moría. Moría ella misma.

La sensación de abandono, de soledad; lo irremediable de su dolor, la galvanizaron como un reactivo. La culpable de todo aquello era

Josefina, nadie más que Josefina; sólo ella. Como esas madres que dan siempre la culpa de los extravíos de sus hijos á las malas compañías, ella acusaba de la traición de Andrés á Josefina. ¿Acaso no conocía ella el poder maléfico de los encantos y la coquetería femenina, malsana y perversa de algunas mujeres?

Recordaba qué arteramente habría ido Josefina, con su coquetería, ganando un lugar en el deseo de Andrés. Comprendía la tentación de los hombres que amando á una mujer pueden ceder á la sujestión de las incitaciones procaces de las otras mujeres, por ese algo de tierra que existe en el alma. Sentía envidia de las mujeres que saben perdonar una infidelidad. Ella no sabía. Destruída su dicha, no le quedaba más que la venganza. Todas las que ella pudiera tomar le parecían mezquinas. Revelárselo todo al general, aquel hombre digno y pundonoroso, confundiría á su mujer con su desprecio..., tal vez la mataría. ¡Mejor! Quería verla confundida, humillada, sangrienta, ¿No había ella destrozado su vida con su traición? Recordaba, aumentan-

do su odio, que había hallado á Josefina más bella, con más luz en los ojos... abierta en una floración de felicidad que no podía provenir de las alegrias conyugales. Aquello por sí solo era una revelación. Olga recordaba, á pesar suyo, el florecer que tuvieron su carne y su alma cuando un amor adúltero arraigó en ella, alegrando la frialdad y la monotonía de su hogar.

Para evitar la inconsciente comparación se decía que ella había amado como no podía amar Josefina. No concebía que pudiese existir más amor que el suyo. Él la autorizaba para todo, como un Dios único.

VI

Trágica discrección.

Se vistió apresuradamente y se dirigió á la morada de Josefina.

—¿Aviso á la señora?

—No, al señor; tenga la bondad de llevarme á su despacho.

Gozaba de pensar el susto y el castigo de su rival.

—¡Querida Olga!

El general la recibía con las dos manos tendidas y el semblante franco y afectuoso.

—¿Qué tal ese viaje?

—Bien, amigo mío.

—¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?—exclamó Ginart.

Olga sentía miedo, remordimiento de turbar aquella serena tranquilidad. Se acordaba de su marido ¿Tenía ella derecho á hablar de traiciones? ¿No pudo otra mujer ir hasta el coronel como ella venía hoy hasta Ginard?

—Sufro, amigo mío.

—¿Qué le sucedc?—insistió.

—Que á veces no se sabe lo que se desea. Se anhela el término del viaje. Asusta la idea de morir sin ver de nuevo á los ausentes, y luego... se piensa que por que no habrá sido la suerte piadosa, negándonos el logro de nuestro deseo.

—¡Cómo! ¿Acaso Andres?

Aquel nombre pronunciado por el general, allí, en su casa, la excitó.

—Sí, repuso. Me ha hecho víctima de una traición inicua.

—¿Pero es posible?

—Estoy segura.

—Se iban ustedes á casar, él adora á usted...

me lo ha dicho no hace muchos días, cuando Josefina y él la esperaban impacientes.

—¡Me esperaban impacientes!—repitió ella con sarcasmo.

—Acaso no tenga lo sucedido la importancia que usted supone; una debilidad... su larga ausencia... hay cosas que no afectan al amor... que se deben no tener en cuenta...

—¡General!

Era un grito que se escapaba de su alma. Él se detuvo desconcertado.

—¿Pero qué ha podido suceder? No me explico que un hombre amado por usted, pueda traicionarla.

Atajó ella la lisonja con un movimiento de la mano.

—¡Oh, la desvergüenza suple á todo!—exclamó con rencor.

—¿No se trata entonces, de una mujer distinguida?

—¡Pesth! El mundo no niega la distinción á las hipócritas que saben engañar á un padre... á un marido...

—¿Quiere usted decirme su nombre?

Temblaba ligeramente la voz del general.

—Sí. Así que usted me diga qué es lo que yo debo hacer.

—Despreciar, sino puede perdonar—repuso él, ya más tranquilo, por la respuesta de Olga.—La mujer no tiene más venganza que el olvido.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Usted lo ha dicho!... Se cuenta con la impunidad del engaño á una mujer... se sabe que no podrá vengarse... si no asocia á su venganza á alguien tan ultrajado como ella... Es terrible, terrible.

La abandonaron las fuerzas y rompió á llorar con desconsuelo.

—¡Olga, por Dios! cálmese;—decía Ginart, combatido por una serie de sentimientos apenas esbozado.—No se lo que me sucede. Reflexione y hábleme con sinceridad.

Ella seguía sollozando y fija en su idea.

—¡Se cuenta con la impunidad en la ofensa! No se mide el dolor... ¿Tiene el alma sentimientos distintos en el hombre y en la mujer? ¡Per-

donar!... ¡Olvidar!... General: ¿qué haría usted en lugar mío?

Le vió palidecer, vacilar, conmoverse en un ligero temblor y contestó con voz firme:

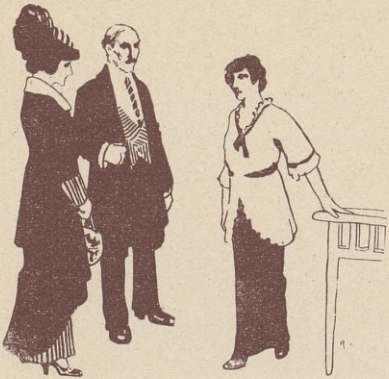
—Les mataría: á ella y á él.

Y mientras ella seguía llorando, el general recorría la habitación á grandes pasos.

Aquella idea no se le había ocurrido á Olga. Por un absurdo, pensó con odio en la rival para el castigo y no se le ocurrió que iba á concitar sobre la cabeza de Andrés un odio semejante al suyo, más temible y más inapelable.

La idea de hacer daño al que tanto había amado, al que amaba aún con toda la fuerza de su desesperación, la aterró. Tenía que salvarlo perdonando á su rival. Era un sacrificio heroico que exigía todas sus fuerzas. Una última prueba de cariño que no sabría nadie jamás.

Veía claro que sus palabras habían levantado una sospecha en el general, en aquel hombre recto, paternal y bondadoso, que por una asociación de ideas evocaba la figura confiada y noble de su difunto esposo.



El se paró bruscamente delante de Olga.

—Me ha prometido usted un nombre.

—¿Qué le importa, general? —usted no la conoce.

—¿Y si me importara?

—Se lo diría; pero todo es inútil. He venido á ver á usted después de tomar mi decisión irrevocable. He venido porque deseo que usted se ocupe de los asuntos que dejo aquí abandonados... Me vuelvo al Brasil en el mismo barco que me ha traído.

Volvió á llorar con amargura.

—Pero Olga... ¿no se puede intentar?...

—Es inútil todo. Le ruego que no insista. Me marcharé hoy mismo. Es preciso cortar de un hachazo toda la existencia y poner entre la herida y el recuerdo toda esa inmensidad del Occéano que no me volverá jamás á Europa.

—¿Sabe Josefina?...

Dominó Olga su emoción en un esfuerzo supremo.

—No he querido decirle nada. Su cariño me haría vacilar y mi decisión debe ser irrevocable...

—¿Se irá usted sin verla, Olga?

—No... no... de ninguna manera, general... Llámela... llámela... le daré mi último beso...

La figura de Josefina apareció en la puerta. Olga pudo abrazar de una mirada su turbación, su anonadamiento, su aspecto de reo. Por un momento temió que aquella mujer, aturdida y vanal, hiciese inútil su sacrificio. Se adelantó á ella y le cogió las manos.

—¡Josefina!

—¡Olga!

—He venido á preguntarle á tu marido que debía hacer ante la traición que me ha destrozado el alma. No te doy detalles... tú me conoces y sabrás adivinarlo todo.

—¡Olga!

—Tu marido lo ha dicho: los hombres matan... las mujeres que no perdonan, olvidan... Yo debo irme...

Josefina lloraba. Libre del miedo se sentía llena de vergüenza y de humillación ante su rival. Deseaba rechazar el perdón á que se acogía. Hizo un esfuerzo para responder.

—Pero Olga... ¿acaso?...

—¡Calla!... ¡no me hagas vacilar!... yo podré olvidarlo todo... *todo*... TODO... MENOS Á TÍ...

Josefina se volvió hacia su marido.

—¡Pascual!

—Es inevitable, hija mía, en caracteres como el de Olga es inútil influir.

—Gracias, general. Esta situación es dolorosa. Ya que usted acepta el cuidado de mis in-

tereses, le escribiré con oportunidad. Dejándoles confiados á usted, estoy tranquila.

Le tendió la mano, y luego se volvió para besar á Josefina. Su mano apretó con tal fuerza el brazo de su rival que sintió con fruición hundirse el encaje de la blusa en la carne que oprimía, desgarrándola con sus uñas. La envolvió un velo de sangre. ¿Si ella matase á aquella mujer? Andrés... tal vez la lloraría... Su vida de él estaba, en aquel momento, unida á la vida de Josefina.

Halló fuerzas para besarla en la mejilla, olfateando el aroma de otro beso, y para darle á su voz la entonación solemne del acento del Santo que absolvió á la pecadora por haber amado mucho:

—¡Adiós!... ¡Sed dichosos!...

Carmen de Burgos.
"Colombine"

LA NOVELA
DE
BOLSILLO

GONZALO DE CÓRDOVA, 22
MADRID
TELF. 4.610 :: APAR. 644

LA NOVELA
BRASILEÑA